

Tres educadores se destacan principalmente en este siglo por su influencia trascendente en la historia cultural del país: Roberto Brenes Mesén, Joaquín García Monge y Omar Dengo. Ellos abrieron rutas de gran visión y alcance de acuerdo con el revolucionario movimiento educativo de su tiempo en Europa y América. Con ellos, la docencia alcanza jerarquía de profesión que es decir consagración a un servicio humano.

La obra de aquellos precursores habría quedado en teoría y acción truncadas si maestros talentosos y convencidos no hubieran dado vida y continuidad al cometido fervoroso. Lilia González es, entre aquellos maestros, un ejemplo singular y puro. Discernimiento penetrante; actitud pragmática para vivir la filosofía en la conducta cotidiana, y una finísima sensibilidad, eran cualidades patentes en su labor metódica siempre matizada de jovial agudeza.

En reconocimiento a su capacidad demostrada en el aula, se le dio un viaje de estudios a Europa y posteriormente se le nombró inspectora de escuelas. Bajo su dirección se promovieron ex-

Devoto homenaje a Lilia González

Emma Gamboa

periencias y se hicieron comprobaciones de programas y métodos modernos.

Más tarde, desde la facultad de Educación de la Universidad de Costa Rica, dio insuperable guía en el orden didáctico —insuperable en el sentido de método inteligente para guiar a pensar, a descubrir y a obtener conclusiones o inferencias razonablemente fundadas. Ella comprendía que una buena educación requiere objetividad y responsabilidad a la par de libertad irrenunciable. Condiciones estas de probidad intelectual que se manifestaron íntegramente en la facienda diaria y en la vida toda de Lilia González. A ello correspondió una manera de ser liberal acorde con la cla-

ridad de inteligencia y de corazón que le eran conaturales. Su tolerancia a la opinión ajena se sostenía en firmeza propia siempre sabia y discreta. Podía estar en vórtice de vientos extremistas y contrarios sin que nada ni nadie pudiera desquiciar su ecuanimidad serena.

Sus virtudes silenciosas la llevaron a compartir con lealtad y corazón enteros las luchas que tuvo que librar la facultad de Educación para lograr el respeto debido a su institucionalidad. "En aquellos días existía una **mística**", oí decir recientemente a un maestro graduado. Recordando sus palabras, pienso que tenía razón si, como estoy segura, tenía en su mente la dedicación inquebran-

table de Lilia González.

Ella se dio plenamente a una tarea que requiere fe en el ser humano a pesar de todas las contingencias que lo hagan errar, caer o desfallecer. Ella misma fue, hasta el final de sus días, una fortaleza ante el dolor porque en la esencia de su ser había la



Lilia González

más profunda disposición amorosa para la comprensión, la aceptación de la fatalidad y la entrega generosa de la vida propia.